

Tercer Premio Concurso Literario "Julio Cortázar".

EN ESTA EDICIÓN DE LA REVISTA CTPBA PUBLICAMOS LA ÚLTIMA DE LAS OBRAS PREMIADAS EN EL CONCURSO LITERARIO "JULIO CORTÁZAR", ORGANIZADO POR EL COLEGIO DURANTE EL AÑO 1999. EN ESTA ENTREGA SE TRATA DEL CUENTO "CONVICCIONES" DEL T.P. MARCOS R. PASEGGI, QUE MERECIÓ EL TERCER PREMIO; EL QUE REPRODUCIMOS A CONTINUACIÓN.

CONVICCIONES

*"...cómo nos sostenemos aquí...
si no es por un mero juego de ilusiones..."*
Julio Cortázar

"La alegría reflejada en el rostro." Es el cliché más ridículo que he escuchado. Reflejada en el rostro, como si hubiera un reflector de alegría y un medio por donde fuera a estrellarse hacia los lados y para arriba y por debajo de las narices que han sido destinadas a la ventura por el azar de la providencia (nótese el oxímoron N.R.) La alegría no se refleja, la alegría brota de adentro, surge, se desprende del alma, *springs up and forth* como dicen los bárbaros, aunque acaso brille con un poco de magia cuando se vuelca hacia los lados y para arriba y por debajo de las narices que viven vidas normales, vidas de ceño fruncido y músculos tensos y no alcanza la plata y falta laburo y estoy repodrido taqueloparió (¡y éste con cara de feliz cumpleaños!). Así que convengamos que no era alegría reflejada sino alegría de esa de las profundidades de adlá a saber dónde la que bañaba (¡qué metáfora deplorable!) el rostro de Federico Krueztner cuando salió del albergue estudiantil de la calle Félix de Azara al fondo a la izquierda es-

quina con la cortada sin nombre, donde compartía la habitación con un paraguayo criado de este lado de la frontera o de aquel, depende la cosecha y la altura del río y que "el invierno en Paraguay es más lindo."

Sabía de memoria el camino: "Ocho cuadras y entonces doblá a la izquierda dos más y de ahí a la derecha está la plaza; cruzala, y ya vas a ver el cartel antes de la avenida" (así se lo habían explicado la primera vez, cuando Posadas era todavía el laberinto más grande de luces de colores y de autos y de gritos y de música que hubiera podido imaginar). "Y deciles que te mandé yo, el Chango Czezuck, y que te hagan el descuento de contado." Pero ese día no había comprado nada, ni el siguiente ni el siguiente ni el siguiente, porque había que pagar la pensión y "hay que comer porque de algo hay que vivir, y se me va la guita en fotocopias y yo acá vine a estudiar, no a comprar camisetas de Boca Nike, pero si algún día tengo plata, si algún día tengo plata..."

Había sido de Boca desde siem-

pre, desde antes que la escuela N° 386 de Picada República de Polonia allá cerca de la frontera adquiriera en cuotas un televisor que estuvo guardado en la dirección por unos meses hasta que llegó la electrificación y que mientras tanto había sido mirado con ese respeto que infunden los objetos extraños y desconocidos, y que cuando finalmente fue conectado insultaba con sus colores borrosos y sus interferencias desprevenidas, pero tenía ATC y pasaba todos los partidos y en el entretiempe mostraba otros lugares del mundo, como una ciudad loca y eterna que se llamaba Buenos Aires, donde la maestra había dicho que vivía Boca. Y cuántas veces había saltado y gritado cuando Boca hacía un gol y se le caía la pipoca al suelo y había tirado pedacitos de rapadura al aire y volcado el tereré, y la maestra se había enojado y había dicho que nunca más iban a mirar los partidos, pero era mentira, porque ella también era de Boca pero no podía gritar porque era maestra.

Pero ahora iba a ser mayor de edad y estaba en Posadas en el terciario, y con su plata se iba a comprar la camiseta de Boca Nike original. Algunos de sus amigos ya habían sucumbido a las burdas reproducciones de las tiendas de Encarnación zona baja, donde una misma tienda de coreanos fabricaba remeras y banderines de Boca, River, Olimpia, Cerro Porteño, Grêmio, y Deportivo Naranjito, pero no muchas del último porque "a ése nadie lo conoce y se vende muy poco". Eran grotescas camisetas pintarrajeadas, donde después de la primera lavada se diluían las fronteras, y se mezclaba el azul con el amarillo y el azul se volvía grisáceo y ajeno y sólo la fe podía sostener las convicciones de semejanza con las que se veían en la tele. De todas formas mucho fútbol no veja porque ahora ATC no pasaba nada aunque todavía en las propagandas mostraba la ciudad loca y eterna pero no había partidos, porque la transmisión era de unas empresas que parecían trabajar sólo para las parrilladas caras, de esas que te cobran hasta para usar el baño. Y tirado en la oscuridad del albergue trataba de sintonizar los radios de Buenos Aires que relataban los goles, y se quedaba dormido cuando alguna emisora de Brasil se entrometía en la onda a los gritos, con un relator energúmeno que parecía llorar y reír al mismo tiempo mientras aseguraba que su emisora era "a mais grande do mundo", y dormido soñaba con la escuela N° 386 donde había podido ver todos los partidos y gritar los goles de Boca, pero sin que se cayera la pipoca al suelo

para que la maestra no se enojara, aunque la maestra era buena y más buena si ganaba Boca, y cuando se despertaba el partido ya había terminado, y no estaba la maestra ni la tele con colores, y hacía calor en el albergue y no podía saber como había salido Boca hasta que, a la mañana siguiente, espiara en un descuido del quiosquero la página "Al cierre de esta edición" de "El Territorio".

—Ha salido a caminar, joven — le dijo el viejo de las chipas en el puestito de la cuadra siguiente.

—Como cada atardecer — respondió mecánicamente mientras apuraba el paso. Nunca había intercambiado más de dos frases con el viejo, y no creyó que era el momento de cambiar la costumbre. Aspiró profundamente. El aire estaba tibio y perfumado, y el ruido del tráfico le parecía lejano, casi ausente. Como cuando era adolescente.

Había nacido cerca de la frontera, donde por las noches se veían a lo lejos las quemazones de los chacareros brasileños y se adivinaba el rumor del río que los mantenía alejados de las parcelas de su padre. Habían sido años simples y felices, donde su preocupación más grande después de cumplir las tareas de la chacra había sido encontrar alguien con quien compartir los interrogantes metafísicos (aunque en ese entonces no podía darles ese nombre) que lo atormentaban y que lo hacían sentir ajeno a esa familia de labriegos. "De dónde salí así", se preguntaba. "Si soy un polaco roñoso."

Pensó en el viejo, que siempre quiso que estudie, y que soportó la desgracia de imaginar a qué cuernos se iba a dedicar su hijo, "el de la ciudad" cuando se graduara de filósofo. No lo preocupaba. Nunca había esperado comprensión para sus divagues racionales. Sería lo mismo que decidir ser ingeniero cibernético e intentar que lo entendiera un hombre del medioevo.

Cuando llegó a la esquina del quiosco, la vio una vez más detrás del mostrador. La paraguayita de pechos firmes y ojos profundos acechaba aburrída a los potenciales clientes. Se miraron por una fracción de segundo. Se sonrieron. Como todos los días. Acaso alguna tarde se detendría a conversar. "No es valor lo que me falta", pensó. "Es tiempo. O valor para hacerme tiempo, que es lo mismo. Hoy por hoy, mis prioridades son la filosofía y esa bendita camiseta."

¡Cómo había cambiado su vida en los últimos años! En la ciudad había encontrado otros corazones con sus mismas inquietudes. En las tardes y en las noches de verano, se sentaban en ronda en la vereda a discutir los grandes temas de la existencia. Y mientras discutían sin llegar jamás a parte alguna, pensaba en los incontables grupos alrededor del mundo que estarían haciendo lo mismo, revolviéndose en un maremagno de interrogantes sin salida aparente. Sabía que tales grupos existían, como el que narraba el escritor Cortázar en las noches de *Rayuela*.

—Esto de la realidad es muy jodido —decía el negro Alaba. ¿Cómo podés probar si realmente existió?

—Porque estás vivo —respondía otro al instante.

—¿Y cómo podés saber que estás vivo?

—Y bueno, che, para eso están los sentidos, ¿no?

—Los sentidos son relativos —musitaba pensativa Cecilia Kelman—. Eso ya lo demostró Borges.

—Bueno —añadía otro— eso de que lo demostró sí que es relativo. Esas cosas se conjeturan pero no se demuestran. Además, qué querés que te diga, Borges...

Y entonces, entre tereré y tereré se armaba una de discusiones hasta que llegaba la madrugada y las vejezas hinchadas les recordaban que la realidad existía, al menos en un nivel puramente fisiológico.

Pero la discusión más encarnizada surgió cuando el ruso Krivsky dijo que nadie de los presentes podía demostrar que, por ejemplo, el club Boca Juniors existía. "¿Cómo saber que esto del fútbol no es más que una ilusión de empresarios?", había dicho. En vano fueron los intentos de demostrar, recurriendo a los medios y a las experiencias de otros, que una confabulación de fuerzas omnipotentes no era posible en este caso. Todos los embates de la realidad se estrellaban una y otra vez con la conjetura final: "¿Y qué si...?" Aun

el relato detallado de Carlitos Mendietta, que aseguró haber estado un par de veces en la Bombonera en un pasado incierto, fue tomado como eso: Como un relato que bien podía ser una ficción basada en lo que reproducían los medios. Además, su presencia en la Bombonera no solucionaba nada. La Bombonera podía no ser la Bombonera, o acaso los hinchas, un simulacro. Hasta ese momento, Federico nunca había pensado cuán dependiente era de lo que le vendían como cierto. Es verdad que había escuchado la historia del chino que soñó que era una mariposa, y que cuando despertó no sabía si era un hombre que había soñado que era una mariposa o una mariposa soñando que era hombre. Esos juegos de palabras no habían sido nada más que eso: Juegos de palabras, o un cuento chino, que es más o menos lo mismo. "El ser humano debe guiarse por convicciones, por certezas", había repetido una y otra vez. Eso sí, nunca había pensado en la extrema fragilidad que poseen las herramientas que miden tales certezas. Ahora recordaba cuán indefenso, cuán vulnerable se había sentido a partir de ese momento. Totalmente expuesto a quienquiera manejara los hilos. Y mientras trajinaba las cuerdas, ya meses después del incidente, hizo una mueca indefinida al recordar como había mirado fijo al ruso Krivsky mientras le gritaba con la garganta y el alma:

—¡No me podés decir que Boca no existe!

—Ahí está la razón —le había

contestado el ruso tranquilamente mientras miraba al vacío—. El problema está en atreverse a creer que el glorioso azul y oro (y esto lo dijo recalando cada palabra) no es más que el invento de unos pocos que quieren hacer gaita. Boca no puede ser una ilusión debido al miedo, porque, ¿qué sentirías después de haber reído, gritado, llorado y soñado para que un desconocido que le importa tres pepinos el fútbol y tu alegría y tus nervios se haga mansiones en alguna isla? ¿Eh? ¿Qué sentirías? Pero claro, mientras nuestro miedo sea mayor que nuestro valor, ellos tienen el futuro asegurado.

Federico había tenido ganas de preguntar quiénes—de acuerdo con las convicciones afiebradas del ruso— eran ellos, pero había preferido sin embargo guardar silencio como todos los demás que ahora miraban hacia el río que se intuía más allá de la Bajada Vieja. "Voy a traer más hielo", había dicho la gorda Benítez cuando vio que los minutos pasaban y la conversación no volvía.

Cuando llegó al semáforo donde debía doblar, Federico se detuvo a esperar que cambiara de color. "¿Cómo crece la ciudad! Hasta hace poco acá no había nada", pensó. Una vez más lo acosaban imágenes del pasado. Recordó su niñez allí en la chacra, cuando en las noches de febrero soñaba que estaba en la Bombonera y se paraba a veces en los palcos (porque había ganado la lotería) pero otras veces prefería quedarse bien detrás del arco para ver los goles de cerca, y justo había un gol y se lo dedicaban sólo a él, y la cáma-

ra lo enfocaba y en la tele de la escuela todos lo veían y cuando volvía la maestra lo felicitaba mientras les decía a todos (especialmente a las chicas): "Aprendan de Federico, que estuvo donde vive Boca", y sonriendo entonces se despertaba bañado en sudor mientras los murciélagos chillaban en la oscuridad y los mosquitos hacían provisión de sangre con sus tobillos desnudos.

Cruzó la calle. Ya estaba cerca de la plaza. Ya se adivinaban los lapachos y las araucarias, junto con la espina corona que era—según decían—uno de los árboles más viejos de la ciudad. El sol ya se había retirado detrás de unos galpones empujados en resistir las inundaciones cada vez más frecuentes. De ahora en más sabía lo que seguía: Atravesaría la plaza apresurado mientras un par de gitanas le gritaban zalamerías ofreciendo revelar el futuro por dos pesos. Del otro lado, bajo los árboles indiferentes, vería una vez más dos familias que habían sido desalojadas hace casi dos meses y que probablemente no encontrarán casa hasta un mes antes de las próximas elecciones. Federico solía darles monedas cuando pasaba, pero no hoy: Hoy tenía el dinero justo para la camiseta de Boca: Sesenta y nueve pesos menos el cinco por ciento por pago al contado. Sesenta y cinco pesos con cincuenta y cinco centavos. Llevaba sesenta y seis en los bolsillos. Acaso al regreso les daría el vuelto. "Hay que acordarse de los necesitados", dijo para sus adentros. "Es de lo más real que va quedando en este mundo. Eso y la caca de paloma."

Llegó a la plaza. Estaba más desierta que de costumbre. Siempre le había asombrado la paz de cementerio que se respiraba entre esos árboles. Decidió sentarse un momento en uno de los bancos de piedra. Sacó un pañuelo. Con una delicadeza extraña, libró el asiento de caca de loros y palomas. Entonces se acomodó pensativo. "Tengo que ir a la Bombonera", pensó. "Tengo que verla por mí mismo." "¡Maldito ruso!", dijo en voz alta. "Antes, era feliz imaginando las glorias de ese mundo tangible más allá de alguna frontera. Ahora ya no estaría tan seguro, aunque lo viese. ¿Y si todo este estúpido mundo fuera eso, nada más que una ilusión? ¿Y si estos árboles y estas calles y esta ciudad migrienta...?" Un escalofrío le recorrió la espalda. Pero se compuso al instante. Sonrió al pensar en sus hermanos allá en la chacra. "¡Andá a cosechar la mandioca, polaco tarado!", le habrían dicho si les hubiera confiado sus interrogantes. No se burlarían, no. Pero tampoco lo entenderían. Le echarían la culpa a la ciudad, a la educación, o a la "filosofía", como decía el viejo... ¿Por qué no habría nacido como ellos, en la tranquilidad que da la inconsciencia? Allí estaban Walter—ya casado—y Alfredo y Néstor y Javier, rogando por lluvias o sequía, según fuera la ocasión. Pero eran felices. Y gritaban los goles de Boca sin sobresaltos ni tormentos abrumadores. Una voz de niño interrumpió sus meditaciones.

—¿Tiene algo que me dea, señor?

—¿Algo como qué? —le respondió aunque sospechó que la respuesta

sería "una monedita pa' comprar pan."

—Una monedita pa' comprar pan, —dijo el niño como si hubiera leído sus pensamientos.

Federico casi le dice que no, que no tenía, que otro día, que a la vuelta, que fuera a trabajar, etc., cuando tuvo una idea repentina. Sacó un billete de cinco pesos y se lo entregó como quien quiere sacarse algo de encima. La luz del farol más cercano dibujó un simulacro de sonrisa en la carita atestada de tierra colorada y mocos secos. Entonces, Federico se levantó de un brinco y terminó de cruzar la plaza. Pasó frente a la tienda de artículos deportivos sin siquiera mirar el escaparate. Cuando llegó a la esquina, entró en el bar de siempre. Puso con decisión una moneda de un peso sobre el mostrador. "Un pancho. Sin mostaza, como siempre", dijo con voz firme. Cuatro minutos después, había cenado.

Cuando llegó a la pensión, el paraguayo estaba tirado en la cama con la radio encendida.

—¿Ya empezó el partido?, preguntó Federico.

—Capá nomá, chamigo, pero esta noche no da para escuchar. Está todo interferido, ¿vite?

—¡Malditos brazucas! Y después dicen que el Mercosur no funciona...

Salió dando un portazo. La noche ya se había cerrado sobre las edificaciones lúgubres del puerto. Cansino y cabizbajo, Federico Kruetzner se perdió entre las nieblas del bajío. Estaba refrescando cuando sintió que un poco de noche le carcomía las entrañas. ■

